

Rompiendo tus reglas

Violeta Boyd

Rompiendo tus reglas



1

VECINO NUEVO

Desde que tengo memoria mi única motivación ha sido ser la alumna destacada de la escuela Jackson. De pequeña he soñado con graduarme con honores y liderar el tablero de notas que organiza a los alumnos de mejores a peores; sin embargo, mi puesto siempre es usurpado –léste bien: «usurpado»– por el mismo hombre: Chase Frederick. ¿Cómo ha sido posible? ¡Después de pasar horas, días y meses preparándome para ser la mejor, llega este tipo y se lleva mi tan anhelado puesto! Las ganas de arrancarme los ojos y tirarlos a la basura se aparecen por mi cuerpo, pero me contengo de hacerlo cuando escucho la voz de mi amiga.

–¡Oh...! –exclama con compasión fingida–. De nuevo estás en el segundo lugar. ¡Qué deprimente! –dice, posando su mano en mi hombro. La aparto molesta y ella ríe enseñándome sus dientes blancos y juntando, en una línea, sus verdosos ojos que contrastan con su cabello rojizo.

–Gracias, Anne. No lo había notado –formulo con sarcasmo mirando en otra dirección.

Anne se afirma el estómago mientras ríe fuerte y por Dios que su risa es de esas que llaman la atención. Claro, todo el mundo la mira a ella porque, para los demás chicos de la escuela, yo soy una invisible, una muralla, un pasillo, una silla sin respaldo, un fantasma o algo por el estilo.

–Ah... maldición, Michi –da un largo y profundo suspiro–. ¿Qué sería de mi mundo sin tí? Me alegras la existencia –confiesa secándose una lágrima.

–Tú solo te ríes de mis desgracias –respondo, provocando de nuevo sus carcajadas–. Eres una amiga ejemplar, Anne Collins

—agrego irónicamente. Anne da una bocanada de aire y deja de reírse. Aun así, de su rostro no se borra la sonrisa burlona.

—Lo sé, amiga, por eso me adoras —exhala y me guiña un ojo.

Anne es mi única y mejor amiga. Con ella he vivido gran parte de la vida, tanto que hasta podría llamarla hermana. Claro, ella es mi lado opuesto. Somos muy diferentes, pero logramos complementarnos bastante bien. A diferencia de mí, ella es mucho más independiente, bonita, atrevida y desinteresada con los estudios. Su melena roja alborotada, sus pecas en el rostro y esos enormes ojos verdes hacen que todas las miradas siempre se posen en ella antes que en mí. Tiene tantos admiradores que no podrían ser contados ni con los dedos de ambas manos. Todo lo contrario a una, en la escuela me limito a ser «la amiga de Anne».

—¡Miau! —maúlla Anne de pronto—. Mira quiénes aparecieron —me da un codazo en el vientre, sacándome de mis pensamientos. Mis ojos (y los de todos en el pasillo) se dirigen a la entrada del colegio.

Con aires de grandeza, como si de dioses griegos se tratase, hacen su aparición Mika, Jax y Chase. Con sus rostros perfectos, sus músculos de modelo, sus labios rojizos formados en una curvatura exquisita, cabellos despeinados y su vestimenta «súper a la moda», el trío de tarados más populares de la escuela revolucionan cada centímetro del pasillo. A nadie dejan indiferente.

A primera vista siguen siendo los mismos egocéntricos y sin cerebro de siempre. Bueno, bueno, haré una excepción; sin cerebro solo Mika y Jax. Chase es un caso especial.

Como tienen a los alumnos bajo su control, mientras avanzan a través del corredor, los no populares nos pegamos contra las murallas por obligación. ¿Se me había olvidado comentarles? El trío de tarados rige la escuela con tres reglas que no podemos quebrar:

Regla número 1: no tocarlos.

Si algún pobre diablo toca el pliegue de la ropa de uno de Los Tres Mosqueteros, como solemos llamarlos Anne y yo, debe considerarse hombre muerto.

Regla número 2: no los mires.

Cuenta la leyenda que hace un tiempo había un chico en el colegio llamado Patrick Fisher que se atrevió a mirar de manera «rara» a Mika... ¡Pobre chico!, algunos dicen que ni su psicólogo pudo ayudarlo, otros creen que se cambió de ciudad o que hasta se marchó del país, y unos pocos (algo más exagerados) rumorean que decidió acabar con su vida.

Regla número 3: no les hables.

Por último, la sola presencia de estos tres chicos hace que te calles al instante. A Los Tres Mosqueteros nadie les habla a menos que así ellos lo quieran.

¡Esto es una dictadura, señores!

Al pasar por mí lado noto que Chase se detiene en el mural donde se encuentran la lista de notas publicadas. Disimuladamente logro advertir que está junto a mí, a solo pasos de rozar nuestros brazos. No puedo apartar de mi mente esa pequeña vocecita interior que me lleva a querer hacerme bolita para salir rodando del lugar antes de desmayarme del miedo. Lo único que hago, en cambio, es encoger mis hombros deseando ocultar mi cabeza entre ellos, cual tortuga asustada.

—¿Qué ves?

Esa es la voz de Mika McFly, el segundo mosquetero. ¿Ya les dije que es alguien sin escrúpulos, escalofriante, con una sonrisa macabra y siniestra como la de Drácula? Admito que, al igual que sus dos amigos, es atractivo y de aspecto más bien sencillo para su personalidad compleja.

—Nada —responde Chase al instante.

Chase Frederick, el idiota que me supera en notas y por quien, en estos cuatro años de estudio, he salido peor de lo esperado, se mantiene firme a mi lado. Mi odio hacia él es tanto que podría armar alguna clase de muñeco vudú y enfermarlo del estómago para que en cada prueba o examen no logre concentrarse; no obstante, no quiero irme al infierno por su culpa. ¡Vamos!, créanme cuando les digo que es alguien odiosamente atractivo, aunque eso no le quita lo bobo. Tengo una larga lista de insultos hacia su persona, pero prefiero reservármelos para otra ocasión.

De un momento a otro siento su respiración mover los mechones de mi cabello. Creo ser tan invisible que ni siquiera se percata de que estoy parada frente a él, temblando del susto.

—¿Otra vez estás primero en la lista? ¿Cómo rayos lo haces? Jamás te he visto tomar un cuaderno.

Se les une Jax, el tercer mosquetero y el «moja tangas» de Jackson. De él no diré mucho, pues no es alguien que me llame personalmente la atención. Tal vez mi queridísima amiga Anne pueda darles más detalles, en varias ocasiones la he pillado observándolo en silencio. Jax Wilson es el típico chico mujeriego, que vive en fiestas, pasa la mitad de la clase coqueteando con las estudiantes más cachondas y se hace el valiente junto a sus dos amigos. ¿Ahora entienden por qué no me llama la atención? Es el tipo de chico por el que aún estoy soltera.

—No necesito estudiar. Me basta con prestar atención en clases —responde Chase. Sonríe con egocentrismo y vuelve a caminar por el pasillo, con sus dos servidores siguiéndole el paso como perros.

Miro a Anne, y ella a mí, como si hubiésemos sobrevivido a un accidente. Estoy segura de que Los Tres Mosqueteros no se atreverían a golpear a dos chicas, pero mi imaginación me ha permitido pensar una serie de cosas que podrían hacernos.

Una gota de sudor cae de mi frente. ¡Estuvo cerca! ¡Muy cerca! Tanto, que pude sentir el perfume de Chase entrar por mi nariz e impregnarse en mi cabeza. Maldigo mi memoria olfativa.

Chase es el tipo de chico que derrite a cualquiera con su sonrisa; sin embargo, conmigo sus encantos no funcionan: lo odio, lo odio, lo odio. Por su culpa siempre quedo en segundo lugar.

Sí, lo sé. Estoy un poquitín obsesionada con esa maldita lista.

Suena el timbre y nos vamos todos a clases. Como era de esperar, el primer día solo trata de un resumen sobre lo que se viene dentro del año. La charla de la profesora Mittler no es nada especial. Ah, sí... también todos hablan del «estupendo» baile escolar de bienvenida que se aproxima. Una pérdida de tiempo, *¿no creen?* Un acontecimiento que fomenta la idiotez. Gran cosa, nada especial. Estamos en nuestro último año académico, gente,

deberíamos estar recibiendo desde ya alguna charla para elegir bien nuestra carrera universitaria.

Mientras los demás hablan de trajes y con quién irán al baile, Anne y yo planeamos qué haremos por la noche: llorar a mares con nuestra colección de películas románticas. Entre ellas *Titanic*, *Ghost* y *El diario de Noah*. No es el mejor panorama para dos chicas de diecisiete años llenas de vigor y juventud, pero es lo que hay.

Al término de las clases salgo de Jackson más aliviada. Me despido de Anne y me subo a mi motocicleta, una Vespa 98 que papá me obsequió al cumplir los dieciséis años. Regalo, por cierto, que no quería recibir porque detesto la velocidad; sin embargo, acabé aceptando cuando noté que era de segunda mano y su velocidad no es la de una moto común.

—¡Eh!, Michi.

De vuelta en casa, el conserje George me hace una seña con su mano para que me acerque. George es una especie de recepcionista que vigila los pasillos y los enormes pisos del edificio donde mis padres y yo vivimos. Es el único lugar donde he vivido desde que me mudé aquí a los cinco años.

Le esbozo una sonrisa amable y me acerco.

—¿Qué tal, señor George?

—¿Ya te enteraste? —pregunta. Alzo una ceja sin entender a qué se refiere.

—¿De qué? —digo con educación. El conserje mira hacia todos lados algo incómodo, se inclina hacia mí y coloca una mano en su rostro para confiarme una especie de secreto—. Te llegaron vecinos nuevos.

—¿En serio? —pregunto con asombro.

El departamento junto al nuestro nunca había sido ocupado desde que mi mejor amigo se mudó. Mi padre cree que tiene una maldición, pues hasta ahora todos los arrendatarios han sufrido alguna desgracia o se han marchado con algún problema aparentemente inexplicable.

Supongo que aquella «maldición» se ha roto ahora que han llegado vecinos nuevos.

—Sí, en serio —el señor George asiente repetidas veces bajando su mano.

—¿Y quiénes?

—Una mujer y su hijo —aclara—. Los dos parecen salidos de una película de Hollywood.

Abro mis labios asombrada. Familias así no llegan a barrios tan periféricos como estos (o a los suburbios, como los llamo yo), mucho menos a departamentos tan indecentes. No quiero decir que vivo en un basural, pero créanme cuando digo que por poco el edificio no se cae a pedazos... ¡Ni mencionar ese feo y traicionero ascensor!

—Bueno —trago saliva—. Si es así, deberé echarles un vistazo y darles una bienvenida.

El señor George entrecierra los ojos y asiente. Es justo lo que él quería oír. Vuelvo a sonreírle y me despido con un gesto de manos.

Apresuro mi paso hasta el traicionero ascensor. Para mi suerte este no tarda en llegar y abrir sus puertas. Con delicadeza, entro y presiono el botón del piso siete. Cuando las puertas están a punto de cerrarse, una pierna se interpone en medio haciendo que estas se abran de nuevo.

En cámara lenta —como tratándose de los efectos especiales de una película de acción— veo cómo el perfecto rostro de Chase aparece de un momento a otro, provocando que mi mandíbula inferior se expanda hasta chocar contra el suelo.

Okey, exagero un poco.

¿Qué es lo que Chase Frederick hace por estos lados? Restriego mis ojos para comprobar que es una ilusión óptica. Pero no, allí está él. Entra con su rostro desinteresado y presiona el mismo piso que yo.

¡Oh, por Einstein! Que alguien me diga que esto es un maldito sueño...

Chase mete sus manos en los bolsillos y se apoya en una de las paredes del ascensor. Trato de disimular mi asombro, aunque parece que no lo hago muy bien, pues él clava sus ojos en mí. Gracias al cielo guarda silencio.

Regla número 2, Michi, recuerda no mirarlo.

Cierro los ojos con fuerza y cubro mi rostro con un mechón de cabello.

En menos de un minuto el ascensor se detiene y abre sus puertas. Lo que realmente fueron segundos, para mí fue una eternidad de tortura. Dejo que Chase sea el primero en bajar, para luego seguirle detrás a paso lento.

Afirmativo, Houston, me digo a mí misma al ver que Chase toca el timbre del departamento de al lado.

Chase es tu nuevo vecino. Repito: Chase Frederick es tu nuevo vecino, Michi.

2

NUEVOS PROBLEMAS

Siempre fui consciente de mi pésima suerte, pues hasta ahora no he conocido a nadie con la misma mala cueca que yo. Con el tiempo he aprendido –de una u otra forma– a sobrevivir con ella y a hacerla mi aliada. Porque, a pesar de los ridículos problemas que atraigo, siempre encuentro al menos una solución. No obstante, de este nuevo caso llamado «vecino Chase», dudo que logre salir ilesa.

–¡¿Qué?! –aparto el celular de mi oído cuando Anne da otro de sus dramáticos gritos. Acabo de contarle que vi a Chase entrar en el departamento de al lado, deduciendo que es mi nuevo vecino... a menos que solo esté de paso, cosa que es poco probable.

Escucho un ruido medio extraño, lo que me hace suponer que está saltando en su cama como si fuese una niña pequeña, ipobre catre!

–Mierda, mierda, imierda! –grita de nuevo.

–Ya, cálmate, ¿quieres? Aún no lo confirmo –digo cortando de golpe su emoción, escucho que deja de saltar y como con un bufido resignado rompe su entusiasmo.

–Bueno... –dice con aparente resignación en su voz– habrá que darles la bienvenida, ¿no?

Doy un gritito ahogado. ¡Me resigno!

–Dime que no estás pensando lo que creo que estás pensando...

Anne ríe con malicia tras el auricular.

–Iré por dinero. Tú espérame ahí, llegaré con *cupcakes* –ordena severa, casi como si estuviera molesta.

Siendo sincera, creo que mi amiga sufre de trastornos de bipolaridad, sus cambios de humor dan miedo.

—¿Qué hay con las reglas? ¡No debemos romperlas! —respondo antes de que corte.

—Por favor, Michi —lanza una carcajada muy falsa—. Las tres reglas solo corren dentro de Jackson... creo. Hazme caso y espérame, no te muevas de tu casa, no te encierres en tu cuarto como una loca y no le digas a nadie más lo que viste. Adiós.

Fin de la llamada. Me quedo viendo la pantalla de mi celular sin poder procesar lo que Anne acaba de decirme. En un par de minutos el timbre suena, es mamá quien abre la puerta y tras unos segundos me grita desde el living.

Anne vive a unas pocas cuadras del edificio, en una pintoresca casa junto a sus padres y su hermano. Me gustaría pensar cómo llegó tan rápido. Me la imagino en su bicicleta rosa, con los *cupcakes* en el canastillo que cuelga firme del manubrio, volando por los aires hasta el piso siete.

—Te buscan, Michi —oigo gritar a mamá desde la entrada nuevamente. Salgo de la habitación algo desorientada y clavo mi mirada en los dos pasteles decorados con crema de mantequilla que Anne trae consigo, luego la miro a ella y me doy cuenta de que está sonriendo como una desquiciada.

—¡Por la mierda, Anne! —gruño. Un escalofrío recorre mi espalda al darme cuenta de que lo dije frente a mamá—. Quiero decir, no creí que hablaras en serio. —Agarro un *cupcake* y lo examino con ojo clínico; sencillamente se ven deliciosos—. Eso de presentarse ante los vecinos nuevos no es muy tuyo que digamos...

—Es un riesgo que estoy dispuesta a correr —responde—. Necesito saber que no eres una mentirosa.

Pongo mis ojos en blanco y le hago un gesto con la cabeza para que salgamos. Al cerrar la puerta detrás de mí las manos comienzan a temblarme. Actúo como una completa estúpida cuando estoy nerviosa, en serio.

Sin saber bien qué hacemos, Anne y yo avanzamos lentamente hasta el departamento 121 —el mío es el 122—. Miro de reojo a Anne cuando las dos nos encontramos frente a la puerta de madera blanca. No creo que deba describir una puerta, pero juro

que jamás me percaté de lo mal pintada que estaba hasta el día de hoy.

Antes de alzar mi mano libre para tocar el timbre, Anne se me adelanta y golpea con insistencia. Luego saca su lengua como si fuera una niña pequeña.

—Apenas atiendan te tocará hablar a ti —me dice muy divertida. Planeo contestarle con un comentario sarcástico, pero las palabras mueren en mi boca cuando veo la puerta abrirse. En un pestañear, frente a nosotras, una mujer parecida a una superestrella nos recibe.

Me quedo perdida en su dentadura alucinante... Además, a todo esto hay que sumarle unos despampanantes ojos grises, el cabello corto castaño y rizado, unos labios finos cubiertos de labial rojo y un parecido impensable a Chase, dejan en evidencia que ella es su madre.

Hago el intento de despabilar y volver a la Tierra.

—Eh... buenas tardes, le traemos unos *cupcakes*, co... como bienvenida —titubeo. El rostro de la mujer se llena de ternura.

—¡Oh, pero qué bellas! —exclama juntando las palmas de sus manos—. Por Dios, pasen.

Se aparta de la entrada para darnos espacio. El departamento tiene la misma estructura y distribución que el mío. Por donde mires hay cajas apiladas, cada una de ellas más grande que la otra.

—Permiso —logro decir.

—Pónganse cómodas. Por cierto, soy Margareth Thompson —se presenta dejando los *cupcakes* sobre una mesita blanca de centro—. Pueden llamarme Margareth, queridas.

—Nosotras somos Anne —responde mi amiga apuntándose con el pulgar, y luego me señala a mí— y Michi... ¡digo Michelle! —Se corrige al instante—. Michi es su apodo —cuando la supuesta madre de Chase me mira, no puedo evitar sonreír de forma imbécil. Es como estar frente a Angelina Jolie o algo parecido—. Si quiere podemos ayudarle a desempacar.

—No es necesario, chicas.

—Michi y yo no tenemos nada que hacer.

Las dos nos encogemos de hombros y ponemos cara como si fuésemos niñas buenas e inocentes. Margareth lleva un dedo a su barbilla, frunciendo sus rojos labios –pienso yo– meditando nuestra propuesta.

Válgame el cielo, Houston... ¿qué niñas son esas?

–Está bien, bellas, ayúdenme a desempacar. Iré abajo a preguntarles a los chicos de la mudanza cuántas cajas quedan. No tardo. Mientras, pueden ir desempacando las copas y platos.

Diciendo eso Margareth abandona el departamento, dejándonos a Anne y a mí rodeadas de cajas con vajilla lujosa dentro. Sobre Chase no hay rastro.

Bien, Michi, solo lo imaginaste. Estás tan loca y cegada por tu odio que imaginaste a Chase Frederick en el edificio... ¡Qué deprimente!

Anne y yo desempacamos un par de cajas y vamos acomodando las cosas encima de una mesa. Por casualidad nos encontramos con un jarrón con un decorado modernista. Al acercarme a él me doy cuenta de que pareciera desprender una luz casi celestial debido a la delicadeza con la que está trabajado. Mi amiga luce inquieta al verme con semejante obra de arte en las manos.

–Ten cuidado con eso –arruga su nariz de los nervios–. Parece valioso.

Hago caso omiso a sus palabras y sigo contemplando con detalle el jarrón. Su estructura, las enredaderas de flores y tallos que posee. Me sumerjo lentamente en su belleza hasta que desde la lejanía escucho el crujir de unos pasos acercarse.

–¿Qué haces con eso en tus manos? –dice una voz masculina.

Dejo de respirar. *¿Acaso esa voz será...?*

Alzo mi cabeza para averiguar quién es la persona que tengo enfrente. Compruebo que mi peor miedo se ha hecho realidad. Sin percatarme cómo, suelto el jarrón y este cae al suelo haciéndose añicos. Me quedo petrificada, como una estúpida momia, o más bien, como un fósil.

Es Chase, maldición. ¡Es Chase!

–Oh, mierda... –dice él examinando los trozos del jarrón esparcidos en el piso flotante–. Mamá te matará, niña. ¿Sabes cuánto cuesta lo que acabas de destruir?

Despierta, Michi, te habla. Repito, Chase te está hablando.

De mi boca no salen las palabras. Tranquila, él ni siquiera debe saber que voy a su misma escuela porque soy un fantasma. Bueno, me encantaría ser un fantasma ahora mismo, así podría desaparecer y ahorrarme esta horrible situación.

Bajo mi cabeza al jarrón roto, luego vuelvo a él.

–Deberías arreglarlo si no quieres tener problemas con mi madre –me ordena cruzándose de brazos. Su aire de superioridad me hierve la sangre–. Arréglalo en una hora y prometo no delatarte.

Una sonrisa se dibuja en sus labios bien formados. Conozco ese gesto, es del mismo demonio.



Mis pies se mueven de un lado a otro. Me siento intranquila y con razón, ya que solo quedan veinte minutos para que entregue el hermoso y caro jarro que rompí. Me he comido todos los cueritos alrededor de mis uñas, hasta Anne tuvo que detenerme.

–Basta, enferma, pareces una loca –dice agarrando mis hombros–. Si continúas así no te quedarán dedos.

–Imagina cómo estarías tú si supieras que morirás en manos de Chase Frederick, o peor, morir en las manos de su madre –murmuro preocupada. Las dos nos sentamos a los pies de mi cama, resignadas. Asumiendo mi pronta muerte, contemplo mi cuarto; la fotografía de Anne, mi amigo de infancia y yo cuando solo éramos niños, las estrellas fosforescentes que decoran la pared, la repisa con medallas y trofeos de ortografía y ciencias que gané con tanto esfuerzo. Todo lo que dejaré atrás–. Si muelro, por favor, cuida a Pato por mí.

–Me da alergia Pato, pero lo haré. Además, su madre parece un dulce –dice mirando nuestra fotografía de niñas que mantengo pegada en la pared–. Lo primero que haré será cambiarle su estúpido nombre. ¿Qué gato se llama Pato?

Estoy a segundos de responder, pero el timbre me interrumpe. Anne y yo nos miramos. Nuestros rostros se iluminan dándonos una chispa de esperanza.

—¡Ese debe ser J. J.! —exclamamos al mismo tiempo. Nos levantamos de golpe como si fuéramos invadidas por un repentino choque de adrenalina.

Abrimos la puerta. En efecto, es él.

—¡Ta-chan! —nos muestra un pegamento que saca de su bolsillo como si presentara un producto en la televisión—. Les traigo la solución a sus problemas. Bueno, solo a los de Michi —suspira—. ¿Cómo alguien puede meterse en tantos problemas? —pregunta rascando su cabeza y arrugando sus cejas.

Lo hago pasar sin responder.

—¿Por qué tardaste tanto en llegar, J. J.? —inquire Anne. Los tres nos acercamos a la mesa donde están los trozos del jarro roto. Me doy cuenta cómo Anne y J. J. se miran juguetones.

Anne y J. J. son novios desde hace algo más de un año, y cuando los dos tórtolos están juntos yo no hago más que «tocar el violín». Estar junto a ellos a veces me vuelve demasiado incómoda y en la mayoría de los casos prefiero salir con mi amiga a solas.

Toso para llamar su atención.

—¿Me ayudan? —pregunto enseñando dos trozos del jarrón.

Ambos asienten repetidas veces.

Ha pasado la hora. El ambiente se pone pesado, veo que el pegamento no ha dado resultado, así que comienzo mi testamento mental:

«Houston, no lo hemos logrado. Por favor, despídeme de mi familia y díles que los amo. Díles también que si tienen una hija le pongan un mejor nombre y la dejen salir alguna vez. ¡Por Dios! Y finalmente, díles que fui yo la que tapó el baño el otro día... Sí, fui yo, mamá».

No hay caso, el jarrón no se ha podido arreglar, continúa roto. Y pronto, la rota seré yo.

Suspiramos desanimados.

—¡Argh! ¡Ya! —gruño, guardando los trozos en una caja que alcanzo de debajo de la cama—. Pensando fríamente, no creo que

al idiota de Chase se le ocurra golpear a una chica. O hacer mi vida difícil cuando soy un fantasma. Apenas notará mi presencia en Jackson y, con algo de suerte, ni se dará cuenta de que somos vecinos. ¿Quién sabe? Tal vez, Margareth me perdona.

J. J. se encoge de hombros y Anne lleva una mano a su frente.

–Iré por tu gato...

Mi respiración se agita a medida que me acerco a la puerta para salir. La abro con lentitud, no sin antes ver si Chase está en el pasillo. Al comprobar que está todo despejado, procedo a salir. Sé que no debería sentir miedo, pero mi mente es algo irracional.

–¿Quieres que te acompañe, Michi? –pregunta a mis espaldas

J. J.

Giro sobre mis talones y niego con la cabeza.

–Seré una mujer hecha y derecha... lo haré sola. Yo lo rompí y debo atenerme a las consecuencias –digo sintiéndome como un soldado a pasos de recorrer el campo de batalla.

–Si no vuelves, ¿me regalas tu telescopio? –curioseosa. Asiento dramáticamente en respuesta y me voy derechito hacia el 121–. ¡Gracias!

Continúo mi pequeña y corta travesía hasta llegar frente a la puerta de los nuevos vecinos. Antes de golpear surge en mí la duda: ¿Podría huir del país? *No, no tienes dinero, Michi.* Idiota... Trago saliva y golpeo dos veces la puerta, que al instante se abre. Margareth sale al umbral y me sonrío de oreja a oreja. Vuelvo a tragar saliva sintiendo un nudo en mi garganta.

–Hola, Michi. Comenzaba a preguntarme por qué se habían ido –dice en un tono amable, lo que me cuesta más trabajo para admitir mi grave error.

–Eh, yo... –un calor abrumador comienza a invadirme por el cuerpo–. Yo... estaba viendo su jarro y se me cayó de mis manos –confieso sintiendo puñaladas de culpa por el pecho. Margareth, impresionada, abre sus ojos y su boca, junta sus manos y entrelaza sus dedos mientras se inclina para ver dentro de la caja, la cual acerco más a ella.

–Es mi jarro *art nouveau*... –dice con su expresión llena de incertidumbre, clavando sus ojos en los trozos.

Asiento con lentitud.

—Lo siento, de verdad. No fue mi intención romperlo —agrego. Ella le echa un vistazo más al contenido de la caja.

—Pero, Michi —dice y sonrfe con su dulzura característica—. Este no es el jarrón real.

¿Ah?

—¿Cómo? ¿Dice que esta es una copia?

—Sí, querida, esta es una copia que no vale nada.

—Pero su hijo dijo que...

Te ha engañado, Michi, eres un boba.

—Despreocúpate, linda, ese jarrón es una réplica para la casa. No quería traer el original en medio de la mudanza. Preferí dejarlo en nuestro antiguo hogar hasta que todo esto acabe. —Me guiña su ojo derecho, meciendo sus enormes y enroscadas pestañas—. Soy coleccionista y artista, sé cuánto vale una copia barata.

¡Trágame tierra!

—Eso es... ¡gracias! —digo al fin.

Es tan, tan, taaaan bueno saber que era solo una réplica.

De pronto un hombre de gorra aparece en el pasillo con más cajas en su mano, al parecer es de la mudanza.

—Disculpa, querida... —me toca el hombro con cariño y dejo que se vaya con el tipo.

En este preciso momento mi cuerpo se ha separado de mi alma. Creo que ahora sí confirmo mi odio a Chase Frederick y, si llego a toparme con él, juro que lo golpearé, lo destrozaré, haré de su vida un caos, lo torturaré, sacaré mi lado oculto asesino y lo haré pagar por el enorme susto que me ha dado.



Salgo del departamento cerrando la puerta tras de mí, esta causa un eco por todo el pasillo que se extiende a lo largo del séptimo piso. Arreglo la correa de mi bolso y procuro que el casco rojo no se me caiga de las manos. ¡La protección ante todo! Sí, señor. Avanzo hasta el ascensor esperando que un día tan espantoso como el de ayer no se vuelva a repetir. Al entrar al

ascensor suspiro, aprieto el botón para bajar y luego arreglo mi despeinado cabello frente al espejo. Espero que se cierren las puertas, pero nada pasa. Maldición, siempre lo mismo, el estúpido ascensor no quiere funcionar.

¿Ya les mencioné que el ascensor es un fiasco con letras mayúsculas, cursivas, negritas y subrayadas? Esperen, déjenme hacerlo: ***FIASCO***.

Desde lejos escucho otra puerta cerrarse y –en un par de segundos– Chase Frederick se coloca a mi lado. Por instinto de supervivencia bajo la cabeza y me arrincono entre las paredes. Lo único que quiero es hacerme bolita para que él no me vea. De verdad, yo...

A ver, a ver, a ver, Michi. ¡Vuelve a tus cabales, idiota!

Por mi cabeza pasa lo del jarrón y su vil mentira.

Chase se apoya en la misma pared que yo; con su tan típico semblante de superioridad y egocentrismo que tanto me fastidia, aprieta el botón del primer piso (y como si la vida se estuviera riendo de mí, le funciona). Mete las manos al bolsillo como un chico rudo –¿Cómo alguien así puede ganarme en los exámenes? ¿Cómo? Pienso–. De reojo noto que se gira hacia mí; sin embargo, guarda silencio. Poco a poco escucho que comienza a reír hasta invadir el ascensor a carcajadas.

Se ríe de mí... ¡Será un cerdo!

–¿Qué es tan gracioso? –le pregunto sin mirarlo, con la voz saliendo en un hilo casi imperceptible. Él trata de calmar su risa exhalando algo de aire.

El ascensor llega al primer piso.

–¿Qué pasó con el jarrón? –pregunta–. Margareth dijo que estabas de muerte por haberlo roto –agrega saliendo del ascensor. Se gira para verme y diviso que lleva una mano a su cabeza–. Creo que olvidé decirte que ese jarrón era una réplica que no valía nada, disculpa –confiesa en un fingido tono de lamento–. No volverá a ocurrir.

Mis mejillas arden como un incendio y siento un calor que me recorre cada parte del cuerpo. Salgo del ascensor detrasito de él. El muy idiota vuelve a estallar en risa. Aprieto con fuerza el casco rojo de mi moto, me acerco a él, por primera vez me digno a

enfrentarlo a la cara de forma consciente y, por instinto, alzo el casco para estrellarlo contra su cabeza con fuerza. Chase se encoge de hombros y se agarra la cabeza adolorido.

Cuando me percato no hago más que salir lo más rápido posible hasta el estacionamiento donde guardo mi Vespa. Me pongo el casco, enciendo el motor y escucho por mi espalda a Chase gritarme, acelero rápido, con mi corazón agitado y latiendo a mil por minuto.

He firmado mi sentencia de muerte...

Llego en cuestión de minutos a la escuela, y antes de entrar a Jackson me hago una trenza hacia el lado —o intento hacer una, pues mi pelo es un nido de pájaros—. No quiero que Chase se dé cuenta de que soy yo quien lo ha golpeado. Diviso a Mika sentado en el capó de su deportivo. Si por algún motivo descubren que golpeé a su líder, moriré, literalmente, moriré.

Camino apresurada hasta mi casillero, junto al cual está Anne.

—¿A quién tratas de seducir, Michi? —comenta en tono juguetón, agarrando mi trenza—. Tú nunca llevas el cabello recogido.

—A nadie más que a mí misma. Solo me apetece llevar una trenza —aclaro quitando el cabello de sus manos. Frunzo las cejas y me concentro en la entrada. Enseguida los demás comienzan a murmurar y bajar sus cabezas, pegándose a los casilleros asustados; Anne y yo hacemos lo mismo.

Los Tres Mosqueteros han llegado en gloria y majestad, causando temor en el pasillo. Sinceramente, su dictadura es absurda. ¿Por qué hay que seguir tres reglas para vivir en paz? ¿Por qué no iniciar una revolución en contra de estos tres cerdos?

Anne me da un codazo y me quedo aturdida, hace un gesto de cabeza. Con extrañeza levanto la vista, encontrando justo enfrente al celestial... —*olviden lo de celestial. Yo nunca dije o pensé algo así, ustedes lo imaginaron. Okey, el anormal rostro de Chase, así queda mejor*— con su frente aún roja debido al golpe que le di. Me extraño, pues no tiene su típico rostro desagradable. No, por el contrario, me sonríe con malicia.

—Hola, Michi —saluda cargando la voz en mi nombre.

Estoy muerta.